



La oreja del Sr. Van Gogh

Jonás Figueroa

El año 1888, en las cercanías de la ciudad de Arles, sur de Francia, se registra un hecho cuya trascendencia se extiende por los movimientos artísticos que por aquel tiempo comienzan a surgir en Europa. El parte médico señala que un angustiado pintor oriundo del Brabante holandés, en un acto heroico y perverso, se ha cortado el lóbulo de su oreja derecha en demostración de la repulsa provocada por situaciones que alteran su estabilidad psicológica. Lo que en su momento no pasa de ser un simple incidente doméstico, con el paso del tiempo se revelará como el motor de cambio en los temas y en las composiciones que comienzan a salir de la paleta del pintor. De los temas campesinos y paisajísticos que caracterizan su obra temprana, pasa a temas que mejor calzan con la explosión de color que inundará de luz y sonidos la producción pictórica de Vincent Van Gogh. ¿Cómo un incidente doméstico deviene en un gran hecho para el desarrollo del arte? Esa es la cuestión, pero sólo es una cuestión que nos sirve para constatar que la historia está llena de pequeñas paradojas que a la larga devienen en grandes manifestaciones en la evolución de la humanidad. Por lo general, estos pequeños incidentes partieron como asuntos absurdos, carentes de racionalidad; de la racionalidad comúnmente aceptada, por supuesto. Este escrito es un recorrido que busca tener nuevas percepciones de pequeños incidentes que se encuentran en la pintura de Giotto y en la arquitectura de Palladio. Si lo obvio es percibir una obra de arte con la mirada y la observación detenida, hoy quisiera hacer esta lectura con el oído. Sería una interesante apuesta que le reponga la oreja al señor Van Gogh.



Fresco. Giotto

Proponer un recorrido

El viaje por el absurdo que hoy les propongo es un viaje acústico, un viaje que pretende juntar emociones y razones y ponerlas al revés. Un viaje hecho de una sola vez, pero que desde esta nueva visión (¿audición?), nos permite realizar muchos viajes, hechos todos de una sola vez. Este viaje se realizará por los pliegues de los frescos de Giotto de la capilla de los Scrovegni en la ciudad de Padua y por los entremedios de la obra arquitectónica de Andrea Palladio presente en la ciudad de Vicenza.

Es un viaje sin tiempo por los sonidos imaginados que emanan de su propia trayectoria. Más que mirar, yo les propongo escuchar, escuchar los mensajes ocultos que se encuentran atrapados entremedio de las lecturas convencionales que, planteadas desde una parcialidad de los sentidos, nos impiden percibir y ejercitar la comprensión plena del mundo. Hablaré de cosas que antes y después del viaje no sabía, pero que a partir de la lectura acústica de los hechos, en este momento comienzo a conocer.

Construir una hipótesis

En una esquina de la Edad Media se encuentra el pintor florentino Ambrogio di Bondone. Aunque

hace tiempo dejó de ser el pastor de las faldas de los Apeninos, hoy es un pequeño burgués con una tranquila vida familiar y un buen pasar económico. A pesar de ello, aún sigue siendo el mismo de siempre, silente y como si nunca hubiese dejado de dibujar ovejas con un gastado carboncillo sobre las piedras del lugar.

Tampoco, él ha permitido que le llamen de otro modo, tal como le llamaban en la casa paterna y como le llamaban los otros niños del pueblo, Giotto. A pesar que ya ha demostrado su maestría en el arte de pintar frescos en la basílica de Asís y demostrar habilidad y destrezas en el oficio de la arquitectura a través de la fábrica del campanario de la catedral de Florencia, siempre seguirá siendo el Giotto, aunque al interior de su hogar los criados le llamen más por cariño que por respeto, Dom Ambrogio.

Sin embargo, quisiésemos al menos por un instante llamar al Sr. Bondone el arquitecto de la llamada. Al final el *campanile* o campanario de la catedral de Florencia es eso, un lugar para lanzar la llamada, para celebrar los inicios y para gratificar el tiempo. Un altozano, un otero, un minarete para anunciar por los aires que comienza el oficio: juego de manos para transformar la materia doméstica en materia sagrada; llamada para

ejercitar la liturgia y liturgia, en si misma, de oficios santos que no son otra cosas que juegos de magia sobre el mantel de un altar.

En el ámbito ya más propiamente pictórico, los personajes que pueblan en multitud, a veces abigarrada y otras en soledad, los frescos del Sr. Bondone aún conservan el aire bucólico, húmedo y brumoso, que impregnaba el paisaje pastoril de sus años infantiles. Son personas simples, como las que podemos encontrar en las calles de la gran ciudad, todas iguales, desconocidos que arrastran el silencio, personas anónimas como Ud. y como yo, que se encuentran a la espera de su momento; de una oportunidad, de un particular minuto de la historia para pasar a ser personajes.

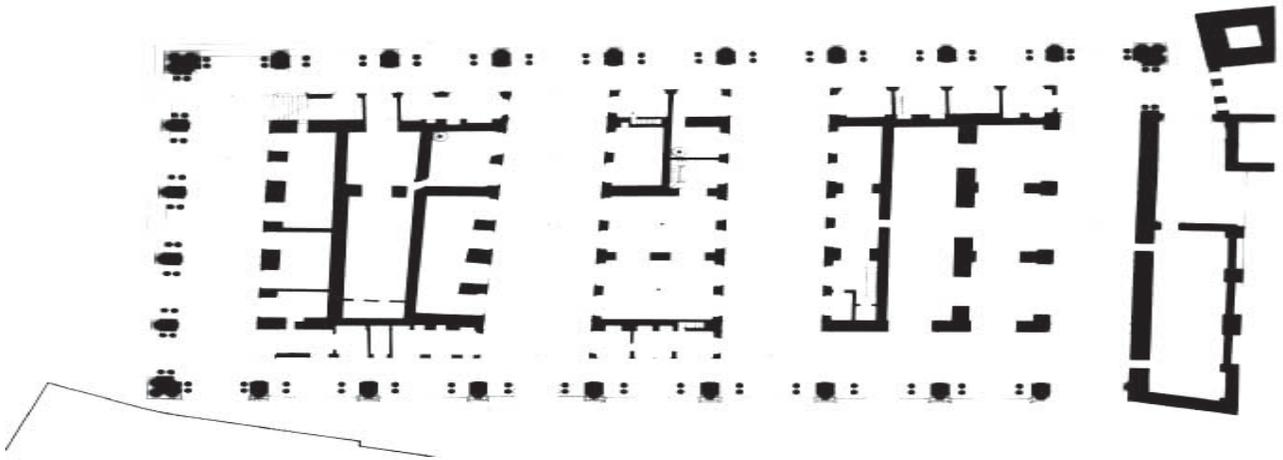
Nos encontramos en la ciudad de Padua, en la *Capella degli Scrovegni*, situada allí cerca de la estación de ferrocarriles. Es un día como cualquier otros de invierno, frío y más propicio para quedarse en una cafetería que salir a la calle. Pero, por ahora debemos ir al encuentro del Sr. Bondone. La imagen del sonido y también el sonido de la imaginación que logran transmitirnos los frescos del Sr. Bondone, transita por un contexto de murmullos campestres, que fluyen por entre los pliegues de las vestiduras y avanzan y retroceden cuando chocan con las perspectivas inversas de naturaleza arquitectónica que por lo general, contextualizan el discurso pictórico. Tal vez, la ajustada superficie de la capilla hace que los ecos se devuelvan y comiencen a inundar la escena. De ahí adelante, las miradas de los personajes no se dirigen a un punto particular de la escena. Antes bien, se encuentran en su actitud contemplativa, a la espera de una noticia o presos del asombro que produce una visión que se quedó fuera del cuadro, vagando por la cabeza del pintor. Es un murmullo que traiciona, que traiciona al Sr. Bondone por supuesto. Porque asombros y murmullos son demostrativos de que a pesar de ser considerado un maestro en el arte de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, nunca ha dejado de ser el pequeño pastor de los Apeninos, que se quedó a la espera de

una llamada, de una llamada del pintor Cimabue, quien busca un atajo para llegar en menos tiempo a la ciudad de Florencia; a la espera de una llamada de los monjes de Asís, quienes anhelan dar un realce majestuoso a la vida y muerte de San Francisco; a la espera de una llamada para iluminar la capilla de la familia Scrovegni de Padua, a la espera de una llamada, de una llamada olvidada allá en la lejana aldea.

Esta lectura auditiva de la obra del Sr. Bondone, llamado Giotto, presente en esta capilla nos permite descubrir que lo principal de su obra se encuentra más allá de las telas, rondando sus frescos y cuadros. Al final, la obra de Giotto refleja los sonidos de la Edad Media, en donde lo cotidiano es como una gran caja de resonancia que refleja lo mítico, aunque en este caso ello se sitúe en cualquier parte, lejos, en la extensión bruta carente de una jerarquía que articule la espacialidad aún sin labrar. Es así como la obra pictórica de Giotto se nos presenta como una cartografía auditiva que nos permite interpretar el mundo medieval, en donde lo posible queda representado por sonidos pastoriles que a fuerza del tiempo se han ido transformando en lugares domésticos presos de un espacio sin medidas.

Elegir una estrategia

Hoy, es un lunes de febrero de un año cualquiera y Venecia nos parece demasiado gris para meterse por entre sus vericuetos y laberintos. A Venecia hay que verla y vivirla a pleno sol, con poca ropa y con ganas de meterse la ciudad en el cuerpo. Pero ello, hoy es imposible. Con nubes y frío la ciudad pareciera recogerse, enrollarse en si misma, ocultando sus rincones y haciendo que sus brillos líquidos se escondan en el fondo turbio de los canales. Por ello, es el día indicado para ir tierra adentro, aventurándose en la búsqueda de la obra de Andrea Palladio, un arquitecto del Renacimiento italiano. En estas latitudes, decir Palladio es decir Vicenza, una ciudad de bolsillo de unos 80 mil habitantes situada en el camino de Venecia a Milán, un camino colmado de sonidos prontos a estallar. Hoy



Planta Basílica. Palladio

Ilovizna y el tren demora más de la cuenta en la ciudad de Padua. De algún modo, es un mensaje particular pero difícil por el momento de descifrar. No en vano, Palladio nació en esta ciudad.

Ya en Vicenza nos encontramos con una ciudad de una sola calle, *el corso Andrea Palladio*. Todas las demás, son atajos de subida y de bajada para encontrarse de improviso con este arquitecto del milquinientos, quien nos observa y sigue de cerca nuestros pasos. A un lado se encuentran los palacios y al otro, las basílicas, o solamente la basílica, la basílica palladiana.

Hoy es lunes. Un día de cortinas a medio bajar en las tiendas y de puertas cerradas en los museos. Es por ello que la ciudad se encuentra casi vacía, habitada sólo por los clérigos, los funcionarios municipales y las palomas, así en este orden y con esta importancia: clérigos, funcionarios y palomas, como si fuesen las tres clases sociales básicas de una ciudad del Véneto. La mañana *vicenziana* es una mañana de silencios húmedos y de ecos.

Si Ud. tiene la oportunidad de visitar la ciudad, tome la calle principal y a la segunda bocacalle tuerza a la

derecha y ahí se encontrará a bocajarro con uno de los principales ejemplares civiles de la poética arquitectónica del Palladio: *il Palazzo della Ragione*, también llamado basílica palladiana. Situada en la Plaza de los Señores, esta basílica es el principal edificio de la ciudad y aunque los usos comerciales que habitan su planta baja sean demasiado vulgares para justificar su emplazamiento en un monumento de la historia del arte, nadie podría dudar que nos encontramos de frente a una poderosa nave medieval de ladrillos, encallada sobre el pavimento de piedras de la plaza mayor y atrapada por las redes de mármol, diseñadas a modo de columnata por el Palladio.

Aunque prestigiosos historiadores del arte consideren otras de sus obras como las de mayor poderío, las villas del Véneto y las iglesias venecianas por ejemplo, nuestro sentimiento entre arquitectónico y urbanístico por Palladio nunca dejará de amar este su primer encargo profesional, que le permitió hacer el tránsito a la madurez: desde el oficio de cantero al de arquitecto.

Ya sabemos que otros edificios situados en la propia ciudad o fuera de ella, reflejan de manera más rotunda el genio creador de Palladio. También sabemos que en el Palacio Chiericatti situado allí, frente al Teatro

Olímpico, o en la Villa Rotonda, en las afueras de la ciudad, podríamos tocar su genio creador. Pero, para encontrarse con la música palladiana y con los sonidos y silencios presentes en el momento de su construcción, los pórticos de la basílica son los más indicados. Son los pórticos que habitará por siempre el arquitecto, los pórticos que le permitieron demostrar que ya estaba listo para emprender el viaje en solitario, fuera de la crítica mordaz de sus maestros, aunque hacía años que ya venía construyendo villas y palacios. Entonces, qué mejor día que en esta húmeda y fría jornada de invierno, en que la ciudad se encuentra a media vela y media vida, con una basílica sin turistas ni caminantes, para sentir los sonidos profundos que se tejen por los entremedios del sistema columnar marmóreo. Materia de fríos contenidos, que nos transmite desde sus profundidades las voces del tiempo presente en los días de su construcción, allá en el lejano año de 1549.

Este palacio de la razón es a su vez el formulario básico razonable de la obra que desde ese momento, comienza a diseñar y construir el Palladio, un arquitecto de fachadas profundas y de entremedios generosos, en donde estalla la relación de la extensión abierta de la plaza con los espacios interiores de las dependencias. Pero, también esta obra exhibe las habilidades palladianas para trabajar con la piedra, demostrativas de su compromiso por vincular los valores espaciales con las posibilidades formales de los materiales.

A partir de la basílica, Palladio ya se encuentra preparado para afrontar las resoluciones espaciales y formales de los futuros encargos de arquitectura religiosa en Venecia. Sin embargo, esta habilidad palladiana de resolver el programa arquitectónico de los entremedios dejándole la resolución del programa interior a otros arquitectos, podría señalar alguna debilidad.

Ahora nos situamos en el espacio álgido de la cercanía. El mármol de las columnas refugle de brillos cristalinos que se agitan bajo nuestra mirada, y en nuestros oídos

se reflejan las conversaciones de los canteros y las súplicas del arquitecto para que apuren la labor. Son los gritos que exudan cada lunes, cuando la basílica se libera de la visita apurada e inquisitiva de los turistas que como yo, llegan de ultramar a trajinar con la mirada y, como en este caso, el oído, la privacidad de esta pequeña ciudad de bolsillo, situada a la vera del camino que nos lleva por un lado a Venecia y por el otro a Milán. Tal vez, otras muchas ciudades de la península tienen una gran diversidad de ejemplares artísticos que mostrar al caminante. Vicenza sólo tiene al Palladio y nada más. A diferencia de otras arquitecturas ya acabadas, la obra palladiana despierta la emoción de las obras que aún se encuentran en proceso de término, en un tránsito elíptico que permitirá que Ud. y yo podamos participar en su terminación definitiva. Este sentimiento se agranda cuando vemos el cuerpo interior de albañilería de ladrillo de la basílica, que se encuentra en completa disonancia acústica con la columnata aporticada del Palladio y se evidencia el sutil encuentro entre dos tiempos y dos maneras de afrontar el discurso espacial.

Después de ello y con los susurros palladianos aún en la cabeza, sólo nos queda volver a casa, aunque por un breve tiempo ésta se encuentre ni más ni menos que en Venecia. Este retorno lo realizamos por entre los palacios que se sitúan al otro lado de la ciudad, al norte del corso Palladio. En todos ellos se hace presente el protagonismo que asumen en el programa arquitectónico, las resoluciones de espacios que se sitúan en los entremedios. Mientras tanto, los interiores exhiben el uso recurrente de soluciones que se repiten en varias obras, pareciéndonos que han sido resueltos por arquitectos del círculo del maestro más que por el mismo. Si Ud. visita el *Palacio Valmarana*, situado en el corso Fogazzaro, podrá darse cuenta de lo que hablamos.

Aspecto que se repite en *San Francesco della Vigna*, en Venecia, en donde el poderío de la fachada y el pórtico nos llevan a un interior carente de emoción y significado. Un estudio aparte nos merece el equilibrio

contenido que exhibe tanto la fachada como la planta del *Palazzo Chiericatti*, cuya fabrica data de 1550 y en donde es posible encontrar gran parte de la didáctica arquitectónica proveniente de la basílica de Vicenza.

Cualificar el contenido

Giotto es un pensador situado en un tiempo final, aferrado románticamente al pasado y por ello, poseído por los temores del tiempo venidero. Las nuevas técnicas de representación pictórica de la realidad y la propia realidad que desplaza sus intereses de un teocentrismo decadente a un homocentrismo, como nuevas concepciones que fundan el Renacimiento, permitirá que Giotto sea el pasado y Palladio el futuro.

Pero en ambos casos, la belleza era una ciencia producida por pintores y arquitectos, quienes pueden ser considerados los científicos de la época. Sólo a partir de ello podemos entender los esfuerzos de arquitectos, pintores y escultores pre y post renacentistas por el dominio de materias científicas a través del conocimiento de los materiales, de la química y de la medicina, entre otras. Hoy como ayer podemos concluir junto con Friedrich Nietzsche si acaso la actual producción artística y técnica en general, sean motivantes de belleza. Cómo podrían serlo, toda vez que la actual generación de tecnología que paradójicamente persigue el confort, siempre sacrifica la privacidad y contradictoriamente, el bienestar.

Este ha sido un corto recorrido lleno de paradojas que nos permiten aproximarnos a la obra de dos conocidos valores del arte, ya largamente estudiados y analizados. Tomadlo, por favor, como lo que es, un simple recorrido aun sin madurar que requiere de exámenes de mayor rigurosidad. Pero, no podemos dejar de recapitular sobre los que hemos oído a lo largo de estos días: los personajes de Giotto situando su atención en un suceso que se encuentra fuera de sus frescos; el tránsito de los intereses arquitectónicos de Palladio por el modelamiento de los materiales, aspecto que

le sitúa muy cerca del Borromini que encontramos en *San Carlo alle Quattro Fontane*, en la Via del Quirinale. Arquitectos ambos que excavan la materia para diseñar el espacio. Y para terminar, no podemos dejar en el olvido las insinuaciones que nos plantea entre líneas la palabra escrita de F. Nietzsche, acerca de la condición científica de la pintura y la arquitectura del Renacimiento. Son nuestras dos particulares paradojas que encontramos en los bolsillos al final del viaje y que bien valen el corte de la oreja derecha del señor Vincent Van Gogh.

Bibliografía:

Tomei, A. *Giotto: la pintura*. Giunti, Dossier Art N° 120, Firenze, 1996.
Nietzsche, Friedrich. *Humano, demasiado humano*. M.E. Editores S.L., Colección Clásicos de Siempre. Madrid, 1993.